



Cafetaleras de la Mixteca oaxaqueña ¿Desarrollo con mirada de mujer?¹

Olivia Acuña Rodarte*

Introducción



Si bien en los últimos años hay una creciente participación de campesinas en proyectos productivos y en la vida social de las comunidades rurales, hace falta profundizar en el análisis del papel y trascendencia femeninas en la producción y reproducción social y económica, así como la importancia que estos cambios tienen en la transformación de las identidades femeninas, las relaciones de género y la construcción de un desarrollo rural más equilibrado

¹ Este artículo está basado en la tesis de maestría de la autora: *Caminando con la luna. Las mujeres cafetaleras de la Mixteca Alta*, UAM-X, México, 2000.

* Profesora de la Escuela Nacional de Estudios Profesionales Acatlán-UNAM.

e incluyente para las mujeres. Este trabajo se acerca a esta problemática a partir de un grupo de cafetaleras de la Mixteca oaxaqueña que están organizadas alrededor de diversos proyectos productivos. A través de ellos parecen reafirmarse sus roles tradicionales, sin embargo, la experiencia aquí narrada muestra cómo se van transformando las identidades femeninas, el papel de las mujeres en la comunidad y en la familia y la visión del desarrollo que ellas y otros actores sociales, como sus compañeros cafetaleros, impulsan a través de diversos proyectos y procesos. El texto muestra cómo las cafetaleras de Oaxaca cuestionan y renuevan la vida social, familiar y personal de hombres y mujeres.

La Mixteca oaxaqueña y sus mujeres

El punto de partida para describir brevemente la región es que ésta se concibe como el producto de la acción humana y que por lo tanto es una realidad en constante transformación. La “región” que aquí se retoma como área de estudio, es aquella en la que se desarrolla el proceso organizativo de las mujeres de la Unión de Productores de la Mixteca Alta, que abarca actualmente cuatro de las nueve comunidades que integran a esta organización. La territorialización de esta investigación está fundada en el desarrollo de la organización de las mujeres, pues son ellas quienes, a partir de su trabajo colectivo, ordenan, delimitan y recrean una pequeña porción de la zona.

La Mixteca, llamada por sus pobladores Ñuu Savi (pueblo de la lluvia), abarca parte del territorio de los estados de Guerrero y Puebla y casi la mitad del territorio del estado Oaxaca. La Mixteca oaxaqueña está conformada por 165 municipios y un poco más de 755 localidades. De los que la integran, los centros económicos más importantes son Huajuapán de León, Santiago Juxtlahuaca, Putla de Guerrero y Tlaxiaco,² este último, lugar en el que se en-

² Según el *XI Censo General de Población de 1990* del INEGI, Tlaxiaco cuenta con

cuentran el municipio y las comunidades en las que se desarrolla el proceso organizativo de las mujeres.

La población económicamente activa de la Mixteca Oaxaqueña se dedica principalmente a las actividades agropecuarias. Los principales cultivos son maíz, maíz-frijol, frijol, café y trigo, aunque en algunas zonas también se siembran alpiste, alfalfa, mango, aguacate, durazno, pitayo y hortalizas.

Si bien es la agricultura la principal actividad que permite la reproducción de la región, en las últimas décadas la migración ha cobrado importancia por ser una estrategia indispensable para sobrevivir. Se calcula en este sentido que, en la actualidad, alrededor de 10% de la población sale temporalmente en busca de trabajo.³

El municipio de Santiago Nuyoo

Santiago Nuyoo es el municipio en el se encuentran las comunidades Unión y Progreso, Tierra Azul, Plan de Zaragoza y Nuyoo (centro) en las que se desarrolló esta investigación.

El municipio se encuentra aproximadamente a 1,640 msnm, altura propicia para la producción de café, maíz, frijol, plátano, mango, caña, naranja, zapote negro y aguacate silvestre. La migración y la producción de café son las dos actividades más importantes que permiten la reproducción campesina en la zona. Mientras que el café proporciona una fuente de ingresos segura para adquirir

85,416 habitantes, lo que representa alrededor de 16% de la población en la Mixteca oaxaqueña.

³ La migración se da sobre todo en los meses de febrero a mayo a la ciudad de Oaxaca, la Ciudad de México y Estados Unidos. La concentración de migrantes mixtecos en la Ciudad de México se encuentra en los municipios de Nezahualcóyotl y Naucalpan, así como en las delegaciones Iztapalapa, Gustavo A. Madero, Cuauhtémoc y Coyoacán. Las ciudades del país donde se concentran los migrantes mixtecos han sido Puebla, Oaxaca, Veracruz y Acapulco, mientras que en el país vecino, los mixtecos llegan a Los Angeles, California y Nueva York. En los últimos años la feminización de la pobreza y las transformaciones de los mercados de trabajo han intensificado la migración de las mujeres.

bienes de primera necesidad,⁴ la migración ha cumplido, además de esta función, la de proporcionar recursos para la creación de servicios comunitarios.

Considerando que la población del municipio es predominantemente indígena, la estructura social, política y económica está conformada por las tradiciones y costumbres que caracterizan a los mixtecos de la región. El sistema de cargos es una tradición que se practica de manera cotidiana y con un sentido de responsabilidad muy fuerte.

Según datos de CONAPO, el municipio tiene un grado de marginación alta, lo que se traduce en serias limitantes de desarrollo en la región y en grandes dificultades para hombres y mujeres en la realización de tareas cotidianas.

Las mujeres en la unidad doméstica campesina

La reproducción de la unidad doméstica campesina está condicionada por factores de carácter socioeconómico, pero en su dinámica también inciden la cultura y las relaciones de poder (Espinosa, 1998:105). En las comunidades de esta región, las unidades domésticas campesinas se caracterizan por una producción centrada en la actividad cafetalera, así como en la organización familiar vinculada a normas y pautas culturales, de poder, de autoridad, de subordinación y una clara división sexual y etaria del trabajo. Si bien la reproducción de la población regional está apoyada en una actividad económica-productiva, la organización familiar y social obedece 'para desarrollarla' a una concepción compartida de la comunidad, de la familia y del papel que cada miembro puede y "debe" jugar en estos ámbitos. Estas relaciones

⁴ Las múltiples actividades que requiere la producción de café (limpia de terreno y trazo, aclareo de sombra, hoyadura y siembra, limpias, podas, control de sombra, cosecha, beneficio húmedo, secado, encostalado y almacenado) implican la participación intensiva de la familia, por lo que este cultivo ha modificado la vida de las familias de la región desde que lo integraron a su territorio.

sociales contienen elementos positivos que van dando identidad a los grupos, pero también contienen aspectos negativos aceptados socialmente para la convivencia de los grupos.

Considerando que las mujeres de esta comunidad no sólo participan de manera importante en la producción cafetalera, sino que también elaboran artesanías, venden diversos productos en los mercados locales y migran, puede afirmarse que la unidad doméstica campesina, la familia, la propia comunidad y la región no podrían reproducirse material y socialmente sin la participación de ellas en tan variados espacios y labores.

Las mujeres en las relaciones familiares

La estructura organizativa de la unidad doméstica obedece y refuerza ciertas pautas culturales, redes sociales y lazos afectivos que determinan el funcionamiento de la familia. Al igual que en otros sectores de la sociedad mexicana, la estructura familiar campesina se caracteriza por una marcada dominación de la figura masculina, generalmente depositada en el padre o el hijo mayor, quien determina muchas de las acciones que el grupo desempeñará para su reproducción social. Aunque existe en el ámbito de lo privado⁵ un papel muy importante de la mujer (a veces su único ámbito de dominio y poder), generalmente es el padre, como figu-

⁵ Lo privado se utiliza no como sinónimo de doméstico, sino que este último ámbito viene a ser uno de sus componentes. Además de lo doméstico, el espacio privado se caracteriza por relaciones que se construyen alrededor de lo cotidiano, lo fútil, lo rutinario, la dimensión en la que se expresa la vida íntima, incluyendo el cuerpo y la vida sexual, en Elsa Conde y Lucrecia Infante, "Identidad política y ciudadanía: los puentes de una democracia por realizar", Seminario del PUEG-UNAM, *Nueva lógica política, democracia y luchas de género*, México, 1997. Tradicionalmente, lo privado se vincula al estado natural de las relaciones patriarcales, como el lugar de las mujeres, sin embargo, sobre todo desde el feminismo, lo privado es también político. Desde este punto de vista, lo público abarca más allá de las decisiones políticas formales, es un espacio de sociabilidad que configura las conductas públicas y contribuye a sostener la identidad personal, por lo cual, lo privado es en cierto sentido, público, ver Nora Rabotnikof, "Público-privado", en *Debate Feminista*, vol. 18, año 9, México, octubre de 1998.

ra máxima de autoridad y prestigio, quien determinará quién hace qué, cuándo y cómo. Este rol es construido y reproducido socialmente, de tal manera que las mujeres también comparten la idea de que “el hombre manda”.

En esta estructura social, es evidente que las relaciones familiares no son armónicas, sino que se caracterizan por el conflicto, la subordinación y la violencia. Para muchas mujeres de la región, hechos cotidianos como el matrimonio y la maternidad, se convierten en sucesos cargados de vejaciones y dolor físico y emocional.

Cuando yo tenía 16 años me fui un tiempo a la Ciudad de México a trabajar. Estuve dos años y me regresé porque le pusieron cargo a mi papá y no había quién le cuidara sus animales. Me tuve que regresar con ellos. Al poco tiempo me llegaron a pedir, como es el costumbre de las gentes de por acá. Tenía yo 19 años. Antes no acostumbrábamos a andar de novios y congeniar con el muchacho sino que si el muchacho veía una mujer que le gustaba platicaba con sus papás, le hablaban a un señor de experiencia para que fuera a platicar con los padres de la muchacha. El padre le contestaba al señor que lo platicaría con su mujer, que analizarían y que regresara para saber la respuesta. Así fue en mi caso. El señor regresó más o menos a los dos meses para saber la respuesta. Yo le decía a mis padres que todavía no tenía la idea de casarme que quería vivir más tiempo soltera, pero el señor insistía, volvía a mi casa, nos decía que el muchacho hacía el compromiso de ser responsable con la mujer. Mi papá dijo que sí. Un día llegaron el que sería mi marido, su madre, su padrino y el señor que me fue a pedir. Platicaron con mis padres, ellos le preguntaron al muchacho si de verdad cumpliría, “no quiero que algún día golpees a mi hija o que algún día no tenga dónde dormir y qué comer, porque el compromiso no es por dos años sino para todo el tiempo que le dé vida a mi hija”, así le dijo mi papá. El muchacho contestó que sí, que se comprometía a ser responsable de cuidarme, de

darme lo necesario, de llevarme a donde él fuera, si algún día me enfermara me cuidaría. También su mamá se comprometió a lo mismo, dijo que hablaría con su hijo para que nunca me maltratara. De esa manera convencieron a mis padres y a mis hermanos.

En la última visita que hacen a la casa de la muchacha, hacen el compromiso llevando un plato blanco de plástico, un rosario y algunas monedas que pueden ser diez o veinte pesos. Se pone un plazo de dos o tres meses para casarse ante el registro civil. En mi caso me casé a los seis meses del compromiso.

Al poco tiempo de que se hizo el compromiso él “fracasó” con otra muchacha, entonces me di cuenta de que yo no podría vivir con ese muchacho pues era mujeriego. Les comenté eso a mis padres, que él tomaba a juego el compromiso y que lo mejor sería regresar el plato y el rosario. Así lo hice, llevé a su casa el plato y el rosario y le dije a su hermana que ya no era mi deseo casarme con su hermano, que me había dado cuenta que me iría mal con él, que no quería tener problemas después. Ella no supo que contestarme. Pero al poco tiempo volvieron a mandar al señor de experiencia que me había pedido, le dijo a mis padres “qué cosas están platicando con su hija, por qué regresó el plato si ya era un compromiso serio que habíamos hecho, por qué autorizaron el permiso para que su hija regresara el plato, el muchacho ya me dijo que si no corrigen a su hija va a ir a la presidencia y los va a demandar, pues no platican en serio con su hija. Él está sentido”. Como mi papá no conocía, tuvo miedo, no tenía recurso para pagar en la presidencia si lo multaban, me dijo “mejor te casas porque si me citan en la presidencia no tengo dinero para pagar la multa, estamos todo el tiempo viviendo en la pobreza, de dónde agarro yo para pagar en la presidencia”, me regañó, me decía que para él era una pena lo que yo había hecho, “mejor te casas con el muchacho, te están pidiendo a la buena, mientras vivamos veremos cómo

te trata”. Pero todo salió mal. Por el miedo de mis padres me obligaron a casarme con ese hombre, pero me está yendo muy mal. Se los he dicho a mis padres “por culpa de ustedes vivo así”, ellos dicen que nunca se sabe lo que va a pasar. Hasta ahora, después de 16 años me ha ido muy mal, de veras.

Los primeros años de mi matrimonio anduve con él en muchos lugares pues es maestro. Era muy celoso, si alguno de sus compañeros me saludaba decía que era mi querido, que por qué me hablaba. A los ocho años de casados él se conoció con otra mujer y con ella vive hasta la fecha, me dejó abandonada con todos mis hijos. Viene cada mes o mes y medio, pero nos hace falta en la casa. Me pasa dinero cada quincena, pero no es suficiente. Aunque tenemos terreno suficiente no podemos sembrar milpa y tenemos que comprar todo. Ahora que mis hijos ya están grandes siembran un poquito de maíz y frijol.

Cuando me quedé con mis pequeños sufrí mucho. Cuando se conoció con la otra mujer venía tomado, me pegaba, me correteaba con mis hijos. Le teníamos mucho miedo porque no nos podíamos defender, porque cuando tomaba estaba como perro rabioso, nadie lo podía controlar. Mis hijos muy tristes lo que empezaron a hacer fue esperarlo los viernes en la tarde o los sábados que era cuando venía. Se ponían a vigilar en la loma, a espiarlo en los caminos por los que tenía que venir. Si venía gritando o chiflando seguro es que estaba borracho. Nos escondíamos de él para que no nos pegara. Cuando venía borracho agarrábamos nuestras cobijas y unas tortillas y nos íbamos a quedar en casas ajenas, pero cuando no nos encontraba rompía mis trastes, quebraba mi comal y mi olla de los frijoles. Así sufrimos mucho tiempo.

Ahora que ya están grandes mis hijos ya no me pega porque lo detienen. Anteriormente me pegaba mucho, cada que venía tomado. Si mis hijos le decían algo también les daba,

no le importaba que estuvieran chicos, les decía “cállense porque yo estoy hablando con su mamá, no con ustedes”. Por eso nos teníamos que ir a casas ajenas, regresábamos al día siguiente, cuando ya estuviera en juicio, pero nos regañaba, nos decía “por qué se salen de la casa, por qué me tienen miedo, en lugar de que llegue yo a la casa y me den de comer, se esconden de mí”. Venía de mala gana, siendo yo su legítima esposa. Pero así son todos los hombres, hacen compromiso de principio, prometen muchas cosas a la mujer pero después no cumplen, son puras mentiras (Epifania Velasco, 1999).

Las mujeres y la cultura

El ámbito público en el que se desenvuelve la vida de las mujeres tiene diferentes planos y momentos. Aunque la vida pública de las comunidades es sumamente amplia y permeada también por lo privado, para la mujer este espacio es limitado y poco valorado, o en todo caso, se asocia sólo a la parte secundaria de las tareas comunitarias, a la parte “gris” o la “talacha”.⁶

A diferencia de otras contribuciones que las mujeres hacen a la conservación de la cultura, las funciones de madre, educadoras y transmisoras de valores y costumbres son quizá los únicos aspectos en que parcialmente se reconoce su papel, pero otorgándole socialmente un valor natural y complementario, por lo que la desigualdad de la situación y posición de las mujeres en la reproducción cultural de las familias campesinas, aparece como algo “velado”, “natural” y hasta cierto punto invisible, un hecho que, sin embargo, es contradictoriamente asumido y reproducido a su vez por ellas.

⁶ Como veremos más adelante, el espacio público de las mujeres es un ámbito de acción colectiva y social, de tal manera que no podemos limitarnos a suponer que el acceso de las mujeres a este nivel sólo puede ser político, sino que existe una concepción más allá de este terreno.

Las desventajas en las que se desarrolla la vida cotidiana de las mujeres de esta región ha tomado un nuevo rumbo en los últimos años. Como veremos más adelante, los problemas que viven las mujeres para cumplir sus tareas tradicionales presionan a éstas a romper el espacio privado, trasladándose al ámbito público en el que logra trastocarse, cuestionarse, reflexionarse y transformarse lo “tradicional” por lo menos de una manera incipiente. El traslado que hacen las mujeres de esta región de sus problemas de género al espacio público, muchos de ellos vividos en el mundo privado, se logra a partir de diferentes nucleamientos colectivos que van transformando las subjetividades e identidades femeninas, dándoles un nuevo sentido.

La emergencia de las mujeres en las organizaciones cafetaleras

El estado de Oaxaca es uno de los principales productores de café del país. Caracterizan a esta actividad en el estado su baja productividad y la concentración de tierras con cafetales en manos de grandes productores, contrastando con un gran número de pequeños campesinos que apenas cuentan con dos hectáreas.

Si bien la cafecultura fue de las pocas actividades heredadas del Porfiriato en que los indígenas lograron apropiarse de ella, viejas formas de explotación y retención de excedentes continuaron dándose, particularmente en la etapa de comercialización en que grandes intermediarios y “coyotes” locales lograron dominar el terreno durante décadas.

Con la llegada del Instituto Mexicano del Café (Inmecafé) en 1958, se eliminaron parcialmente algunas de las redes de comercialización que acaparadores e intermediarios habían construido en la mayoría de las regiones productoras. La relevancia de esta actividad en las exportaciones mexicanas⁷ orientó la intervención del Estado en

⁷ El valor de la exportación cafetalera ascendió en el ciclo 88-89 a casi 600 millones

los circuitos comerciales parasitarios, el apoyo a los productores menos favorecidos y la constitución de una infraestructura básica de acopio y venta del producto (Moguel y Aranda 1991:171). En este camino, el Instituto creó en 1973 las Unidades Económicas de Producción y Comercialización (UEPC), pequeños grupos de productores sin personalidad jurídica a través de los cuales se estableció, entre otras cosas, el otorgamiento de anticipos que operaban como créditos de habilitación o avío, dotación de fertilizantes y pago de jornales que eran recuperados teniendo como garantía parte de la cosecha.

La UEPC Yosolliqui (lugar de calabazas) se formó en la región de estudio con cafetaleros del municipio de Santiago Nuyoo y por comunidades cercanas a éste. Años de esfuerzos y tropiezos para mejorar la comercialización dieron a estos productores cierta experiencia para enfrentar la crisis de la cafecultura⁸ y el retiro del Inmecafé en 1989,⁹ del cual habían obtenido muchos apoyos pero también una fuerte dependencia económica y organizativa imposibilitando que los cafetaleros tomaran el proceso en sus manos. La visión desarrollista y productivista del Instituto mermó la oportunidad de construir modelos organizativos con una visión integral del desarrollo.

En una reunión en Oaxaca nos dijeron a los directivos: “hasta aquí llegamos, ahora busquen otro canal”. Esto fue en 1989, en ese año nos dejó el Inmecafé, tuvimos que recuperar todos los créditos de los programas, pagamos todo. Nos dijeron que teníamos que hablar con los funcionarios de Jalapa: “Olvídense del Inmecafé”, nos dijeron. Fuimos a Jalapa, en Veracruz, ahí el Sr. Jesús Salazar

de dólares, ubicándose en ese año en el tercer generador de divisas después del petróleo y el turismo, en Francisco Pérez Arce, “Café: política y mercado”, *Los nuevos sujetos del desarrollo social*, Armando Bartra (et al.), Cuadernos Desarrollo de Base 2, ADN Editores, México, 1991.

⁸ Los precios pasaron de 135.6 dólares por quintal en junio de 1989 a 86.15 dólares en junio de 1990. Esto sin considerar que exactamente a inicios de la cosecha 89-90 el precio descendió hasta 60.25 dólares por quintal.

⁹ De 1982-1983 a 1987-1988 la participación del Instituto en el acopio pasó de 44 a 9.6 por ciento.

Toledano nos dijo que nos encamináramos solos, que ya nos habían dado un ejemplo. Lo que nosotros decíamos era que tendríamos que volver con “Don Melchor” o “Doña Josefina”, los coyotes de entonces, a vender nuestro producto (Moisés Cruz, 1999).

Las condiciones estructurales tan desfavorables para la cafeticultura se combinaron a finales de los ochenta con nuevas identidades colectivas surgidas en el seno de la limitada, pero finalmente efectiva participación comunitaria que implicó el desenvolvimiento de la UEPC Yosolliqui. Estas nuevas identidades fueron confluyendo con la idea de que organizados era posible cambiar su situación, es decir, se empezó a gestar el proyecto autónomo a futuro que se concretaría hacia 1989 y 1990 con el surgimiento de la organización regional Unión de Productores Mixteca Alta y sobre todo con la creación de la Coordinadora Estatal de Productores de Café de Oaxaca (CEPCO).

En la medida que el Inmecafé se fue retirando y el proceso de la CEPCO se consolidaba, los productores de la región fueron generando nuevas estrategias para apropiarse de su proceso, y en el camino los elementos y objetivos económico-productivos, que en un inicio dan identidad al colectivo, se van recomponiendo para delinear un proyecto y un proceso social alternativo más amplio que a su vez enriqueció los elementos identitarios iniciales.

Los colectivos femeninos y la construcción de un nuevo sujeto social

El proyecto de la Unión de convertirse en una organización autónoma encontró un importante punto de apoyo en la CEPCO, desde la cual se resolvieron de alguna manera los problemas de información, comercialización, capacitación, gestión de recursos gubernamentales y financiamiento, así como el apoyo a otras actividades extraeconómicas que se realizan en las comunidades cafetaleras. La apropiación de la vida social de la Unión ha sido

posible, sin lugar a dudas, por la confluencia con otras experiencias y grupos en la CEPCO.

En este sentido, como producto de la reflexión al interior de la CEPCO y del interés particular de asesores y directivos por incursionar en otras áreas del desarrollo rural, desde 1992 la CEPCO promovió la formación de grupos de mujeres en el seno de las diferentes organizaciones regionales que la conforman. Hasta entonces, pese a que las mujeres jugaban un papel importante en la producción y que algunas asistían a las reuniones de la organización, el proceso de los cafecultores estuvo marcado por las voces, propuestas, acciones y directrices masculinas.

El proceso organizativo femenino en la Mixteca Alta es relativamente nuevo. Si bien como campesinas y cafetaleras contribuyen de manera importante a la producción, esto no se reconoce fácilmente ni se había reflejado en la participación activa ni en la toma de decisiones de la comunidad y la familia y mucho menos en la construcción de alguna organización productiva, como las que habían ido gestando los hombres de la región.

La lucha por el molino parece el antecedente más lejano de los años noventa, pero en realidad el proceso organizativo de las mujeres de esta región tiene diferentes puntos de partida y de encuentro. Para algunas de ellas el inicio se asocia a la gestión de recursos para adquirir insumos para elaborar artesanías, en otros la trayectoria parte claramente de los proyectos de servicios como el molino de nixtamal. A pesar de las diferentes trayectorias de los procesos locales, la organización de las mujeres ha sido posible gracias a que existen necesidades y aspiraciones comunes, las cuales surgen en buena medida de una experiencia y una situación compartida por las mujeres, ligadas a sus tareas cotidianas en la casa, en la parcela, en la comunidad. La experiencia de ser mujer en la Mixteca Alta indudablemente es campo y posibilidad de detección de problemas comunes, problemas femeninos, “cosas de mujeres”, pero también de una visión del mundo, una mirada de mujer que se expresa en acciones y proyectos femeninos.

El primer antecedente de la confluencia de las mujeres en colectivos, se da a finales de los ochenta cuando el gobierno impulsa el programa denominado “Educación Inicial” con la finalidad de orientar a las madres de familia sobre los cuidados que debían dar a sus hijos para su mejor desarrollo. Aunque su orientación estaba claramente vinculada a reforzar el papel de las mujeres en la reproducción de la unidad doméstica a la vez, el espacio de reunión les permitía salir de casa e intercambiar ideas, cosa que tendía a modificar su rol tradicional.

Un segundo momento de este proceso se ubica en la lucha de las mujeres por los servicios y la necesidad de crear comités para su funcionamiento. Siendo su responsabilidad la atención cotidiana a la familia, las labores domésticas que se realizan en el hogar les corresponden básicamente a ellas, pero las “condiciones de trabajo” que caracterizan al hogar campesino son precarias pues la escasez de recursos propios de las familias y el trato de las instituciones públicas a sus necesidades dan como resultado que los hogares rurales, particularmente los de estas zonas, padezcan de escasez de servicios. Esta condición afecta la calidad de vida de todos, pero especialmente de las mujeres ya que cada labor que realizan exige un esfuerzo enorme y un mayor desgaste físico, de tal manera que para ellas resultó particularmente importante la idea de contar con un servicio de molino de nixtamal.

Al principio les dio mucho gusto a las mujeres con el molino, pero cuando el comité citaba a reunión las mujeres no llegaban porque sus maridos no las dejaban, ellos les decían “¿qué, ahí te dan de comer?, ¡mejor dedícate a tus quehaceres!”, por eso casi no se acercaban y tenían miedo de tener comisión, pero me he dado cuenta de que aunque somos personas de muy poca capacidad y no nos expresamos bien pues crecimos con la lengua materna, no por ello debemos quedarnos calladas, al contrario, hay que acercarnos para tener un poco de conocimiento, porque lo que dicen los hombres es que no debemos ir porque no sabemos hablar ni hacer

cuentas ni escribir, por eso no quieren que sus esposas tengan comisión, pero yo digo que aunque no sepamos esas cosas podemos entender lo del cargo en el molino, lo importante es que estemos buenas de salud para poder atender el molino (Luisa López Rojas, 1998).

Otra actividad que permitió potenciar la organización de las mujeres de esta región fue el trabajo artesanal. Como parte del impulso de uno de los presidentes municipales, se fomentó la formación de grupos de artesanas que hasta la fecha funcionan, con la idea de recuperar esta tradición y de generar alternativas de ingreso para la familia.

Nos informaron que había recursos para trabajar las artesanías. El presidente municipal realizó una asamblea a la que asistieron hombres y mujeres para invitarnos a organizarnos. ¡Todo se nos hacía tan difícil!, pero él nos animó, nos dijo que él haría todos los papeles para las solicitudes, así se nos hizo fácil entrar. Formamos dos grupos de artesanas, uno en Nuyoo y otro en Tierra Azul, principalmente con mujeres grandes porque las jóvenes casi no participaban. Fue muy difícil que las mujeres nos obedecieran, ha sido una lucha que nos costó bastante. El presidente municipal nos dijo que tendríamos que ir a Oaxaca, yo nunca había salido para allá pero como presidenta de las artesanas tendría que ir. Nos dieron el teléfono y la dirección y nos fuimos, rezando porque no sabíamos llegar. Sufrí junto con las abuelitas porque yo era la que iba con ellas, las llevaba de la mano pasando la calle, regresando por otra, porque la verdad no sabían andar, pero gracias a Dios seguimos trabajando (Hipólita Bautista Santiago, 1999).

Las mujeres lograron redistribuir sus actividades cotidianas y dar un espacio para tejer. Desde entonces, en cada comunidad las mujeres se reúnen un día a la semana para tejer, platicar y tomar

decisiones sobre otros proyectos. En este caso, como en el del molino, las actividades colectivas femeninas parecen ratificar sus roles tradicionales, pero a la vez que recrean una actividad “femenina” transforman su modo de hacerla, irrumpen en otros espacios, socializan las labores y aprovechan tiempos y espacios para transformar su vida cotidiana y para cumplir nuevos papeles en la comunidad y la familia. Es decir, transforman cualitativamente su rol tradicional y al colectivizar la actividad femenina empiezan a construirse como sujeto social.

Lo que era “invisible” y sin reconocerse se “revela”, se hace visible y se reconoce. El trabajo doméstico realizado colectivamente obliga a salir de casa (se convierte en trabajo social, en actividad económicamente reconocida), a actuar como “sujeto” o agente económico, como comerciante, como gestor, como administrador colectivo y esto transforma cualitativamente la naturaleza de la actividad y la naturaleza del sujeto. De “amas de casa” que operan aisladamente y en soledad, se van convirtiendo en sujetos que actúan colectivamente, en proyectos comunes, con conflictos y dificultades pero actuando en solidaridad, desplegando y desarrollando sus capacidades, adquiriendo poder y presencia. Aquí la tradición, ha sido palanca de cambio.

Para solicitar el recurso en el INI nos apoyamos de una persona que había tenido cargo en el fondo regional, dejamos la solicitud en la oficina y asistimos posteriormente a una reunión en la que se decidió la aprobación del apoyo. Ahí me preguntaron que cuánto dinero queríamos para el proyecto, pero como teníamos mucho miedo de la deuda sólo pedimos diez mil pesos. Los que se encontraban en esa oficina se rieron, yo no sabía por qué, si había dicho algo mal, pero después supe que había sido porque solicitamos muy poco. Finalmente nos dieron once mil pesos, nos tocaron 300 pesos a cada una, pero para nosotras significaba mucho más. Al siguiente año nos prestaron 40 mil pesos, nos tocaron mil pesos a cada una. En el tercer año nos tocaron 1,300 pesos

a cada una, este préstamo lo pagamos en noviembre de este año. Como hemos sido muy puntuales en los pagos de nuestras deudas, hasta la fecha nos siguen ofreciendo prestado, pero como el interés es alto decidimos no solicitarlo (Hipólita Bautista Santiago, 1999).

Estas experiencias colectivas de las mujeres representan un espacio que permite nuevas prácticas sociales, pues si antes de estos procesos las mujeres se restringían al espacio privado, las actividades realizadas en un espacio colectivo y propio ha modificado la visión que la familia, la comunidad y ellas mismas tienen de sí mismas.

Mujeres en terrenos masculinos: la CEPCO

Como se comentó anteriormente, en 1992 la CEPCO impulsó la formación de grupos de mujeres con la finalidad de lograr el reconocimiento de su papel en la producción; promover la participación femenina en todas las asambleas; reconocer la situación desfavorable en la que viven las mujeres, y finalmente para apoyar la economía familiar a través del ingreso de las mujeres. Los principales ejes de acción en los que se centraron los primeros grupos de mujeres se relacionaron a proyectos de sobrevivencia (hortalizas, estufas Lorena); de servicios (molinos de nixtamal, mejoramiento de viviendas, instalación de letrinas), y productivos (viveros de café) (Aranda Bezaury, 1996: 142).

Si bien el arranque sólo llega a promover a ocho grupos de mujeres concentrados en el área económica-productiva, la organización y acción de estos grupos motiva a otras organizaciones regionales sobre la necesidad de incorporar a las mujeres no sólo en programas y proyectos sino en los espacios de decisión reservados tradicionalmente a los hombres. De esta manera, la asamblea mensual a la que asisten los representantes de las organizaciones regionales de la CEPCO fue un puente para la orga-

nización de las mujeres en dos sentidos: como canal de promoción, pues desde ahí se logró que la iniciativa de integrar a las mujeres bajara a las asambleas regionales; en otro sentido, las asambleas han permitido ampliar la oportunidad para abrirse espacios propios, pues desde estos canales de decisión las mujeres lograron crear su propia asamblea sin dejarse de vincular a la problemática general de la Coordinadora.

A raíz de la política desarrollada por la CEPCO, los grupos de mujeres crecieron rápidamente. Mientras en 1993 sólo se habían formado ocho grupos, para 1995 ya eran 37; en 1997 se añadían 59 grupos más y para 1998 se integrarían 130 grupos, dando un total de 284 grupos con más de cinco mil mujeres distribuidas en 28 organizaciones regionales de las más de 35 que pertenecen a la CEPCO.

Aunque la prioridad ha sido conquistar espacios propios de participación y toma de decisiones, este proceso no se ha desvinculado del proceso general de la CEPCO, logrando que el tema de las mujeres sea a su vez un problema de todos los cafetaleros. La mayoría de los proyectos y programas que se gestionan para las mujeres tienen como eje de coordinación la organización regional, de tal manera que las cuestiones operativas y de respaldo atraviesan a la directiva y asamblea de cada organización regional pero respetando las decisiones de las mujeres.

Las primeras actividades en que confluyen colectivamente las mujeres crearon un terreno fértil para que ellas perdieran el miedo y alimentaran la confianza en sí mismas, sin embargo, el momento más trascendente fue el papel que la CEPCO desempeñó en el impulso de grupos de mujeres para desarrollar los proyectos productivos. Las mujeres de las comunidades en la región no tienen en este sentido un momento común de arranque, sus procesos se logran articular alrededor de 1997 y como veremos más adelante, la relación se fortalece en definitiva a partir de las diferentes formas de representación que asumen las mujeres de la Unión en esos primeros años de trabajo.

En esta breve reflexión, lo que puede decirse es que el impulso de estos proyectos es uno de los momentos clave en la identificación de las mujeres. Aunque previamente se habían aglutinado en torno a otros programas y servicios como los molinos de nixtamal y las artesanías, el crecimiento cuantitativo y cualitativo que le dieron los proyectos productivos a la vida organizativa de las mujeres transformó el ámbito de acción en el que tradicionalmente ellas se desarrollaban, pues la escala de sus proyectos, recursos y operaciones es mucho mayor que aquello otro.¹⁰ Si bien no podemos asegurar que este es el punto de ignición para potenciar su construcción como sujetos del desarrollo, sí considero que esta lucha constituye una especie de “estado naciente” pues a partir de ella se van esbozando y experimentando nuevas maneras de ser mujer en la región.

Campesinas, sujeto social y el desarrollo rural

La región de estudio al igual que otras zonas rurales del país, se encuentra inmersa en el juego y acción de diferentes actores que intervienen en el proceso de cambio. Distintas visiones y perspectivas del cambio significan, en el terreno práctico, que distintos sujetos, agentes, actores y en general distintas fuerzas, entren en confrontación y beligerancia para dar forma y sentido a lo que cada uno concibe y desea de la región. El hacia dónde, para quién y para qué, se inscribe así en el marco de las contradicciones de las diferentes fuerzas, en las que la disyuntiva del desarrollo se juega cotidianamente.

Desde el Estado existe una clara posición para fortalecer procesos de acumulación y garantizar el consenso, sin embargo

¹⁰ Tan sólo en tres años, de 1996 a 1999, la organización femenina de la región logró impulsar 20 proyectos productivos con un capital de casi 300 mil pesos y la participación de cerca de 500 mujeres.

su participación no es homogénea ni lineal, sino que adquiere particularidades a partir de la agencia y de la región en la que cada una actúe. A nivel social, igualmente existe una gran diversidad de sectores que en su particular forma de vincularse a los procesos de acumulación, determinan la tierra, la producción o el mercado como el objetivo de sus disputas. Por parte de los campesinos, su idea de desarrollo tampoco opera como un elemento homogéneo, sino que se reviste de las condiciones económicas en las que cada grupo de este sector se desenvuelve. En conjunto, el desarrollo aparece así como un entramado de concepciones del mundo rural, al cual cada quien reviste de sentido y significado partiendo de las subjetividades y contradicciones en que dicho proceso se forja.

Las campesinas desde la mirada estatal

El Estado y sus agencias están inscritas en el marco de un proyecto global y hegemónico de desarrollo que se modificó sustancialmente a partir de 1982. Si bien antes de este viraje en la política económica del país, el campesinado se encontraba inmerso en un proyecto de desarrollo polarizador y desventajoso, de cualquier manera representaba uno de los sectores más importantes de la economía general dada su contribución, vía transferencia de valor, al empuje de la industria.¹¹

Como consecuencia de la crisis del modelo de sustitución de importaciones y la crisis generalizada en América Latina, a principios de los ochenta se empezaron a generar profundas transformaciones en la política económica de nuestro país, que para el campo significarían la profundización de la crisis rural.

¹¹ Los campesinos ciertamente representaron hasta la década de los setenta uno de los sectores más explotados en la lógica del capitalismo mexicano, sin embargo en esos años, el campesinado representaba un sector clave del empuje del mismo. Durante las primeras décadas del modelo económico industrializador, el Estado tuvo una atención marginal hacia el campo, pero para los setenta el auge del milagro mexicano y la revolución verde colocaron a la agricultura en el pilar de la economía. Tanto fue así que se inyectó de recursos al campo vía créditos, asistencia técnica, subsidios a los insumos, apoyo organizativo, de comercialización, etcétera.

La transformación del Estado se traduce en la región en una presencia gubernamental limitada. Las principales instituciones dedicadas a atender la problemática de los campesinos cafetaleros de la región simplemente han desaparecido. Primero fue INMECAFÉ, después fue CONASUPO y se espera también que pronto DICONSA deje de operar el abasto rural. El trabajo de estas dependencias, si bien no fueron del todo benéficas, resultaban fundamentales para el equilibrio y la regulación social y económica de los pobladores. En su lugar han llegado el PRONASOL, SEDESOL, el DIF, así como diversos programas de apoyo marginal y no con una orientación de apoyo productivo.

Pese a que las campesinas son y han sido un pilar fundamental de la vida rural, para el Estado y sus agencias el campo ha sido generalmente “cosa de hombres”, pues las tierras, los créditos, la asistencia técnica y los programas de comercialización han sido dirigidos a los hombres. Para el Estado las mujeres rurales han sido casi invisibles y aunque desde los setenta empiezan a impulsarse algunos programas dirigidos a ellas, se insertan a los planes de desarrollo primero vinculadas al problema del crecimiento demográfico, después como un sector de pobres y finalmente como promotoras del “crecimiento económico”, justamente cuando el crecimiento se ha estancado y se trata más bien de gestar proyectos de subsistencia y de “combate a la pobreza”. Los aspectos de autonomía, de intereses diferenciados y de relaciones de poder, no son aún parte de la agenda del desarrollo (Campillo Fabiola, 1995:110).

En los ochenta surge el enfoque integracionista Mujeres en el Desarrollo (MED), caracterizado por describir la situación de las mujeres pero no con un planteamiento para entender la desigualdad ni proponer cambios para superarla. El enfoque MED influyó a la mayoría de los programas orientados en esa década hacia las mujeres. Difundió el interés por incluir a las mujeres en el desarrollo pero como agentes pasivas, obligándolas a continuar en la esfera de lo tradicional y privado (Portocarrero Patricia, 1990).

En la década de los noventa se introduce el enfoque de Género en el Desarrollo (GED), basado en la necesidad de transformar las relaciones de poder-subordinación entre hombres y mujeres y

elaborar estrategias de desarrollo centradas en lo humano, con relaciones de equidad (De los Ríos, Rebecca, 1993:13). La principal limitante de este enfoque es que sólo plantea el problema del poder frente a los hombres, pero no cuestiona la problemática que también enfrentan las mujeres en otros espacios y actores como el mercado, la comunidad y las instituciones. Además, la mayor parte de los proyectos dirigidos a las mujeres, aun bajo este enfoque, continúan operando bajo una lógica productivista, sobresaliendo los avances más importantes del lado de proyectos impulsados por organizaciones sociales. En este sentido, el proceso de las mujeres de la región sería más amplio que el GED.

Las mujeres desde la visión de las organizaciones sociales

Si en los proyectos estatales las mujeres campesinas apenas empiezan a emerger como “beneficiarias”, en los proyectos campesinos, en las propuestas de desarrollo alternativo, las mujeres también han brillado por su ausencia.

La experiencia de la Unión y de la CEPCO, pese a sus limitaciones, representa sin duda un avance en la construcción y experimentación de un proyecto alternativo para el desarrollo regional, de un proyecto que viene desde abajo y que se confronta necesariamente con el proyecto hegemónico, anticampesinista, excluyente e impuesto desde fuera y desde arriba. Estas organizaciones regionales han logrado convertir necesidades y adversidades en organización y proyectos, propuestas viables frente al neoliberalismo y la globalización.

La lucha que enfrentan estas organizaciones no es fácil, casi todo está en contra, y su proceso de construcción tampoco es lineal, ascendente y libre de problemas, por el contrario, su camino es difícil y no sólo deberá salvar los obstáculos que parecen venir de fuera, sino las debilidades, omisiones y conflictos internos. En este sentido, tal vez una de las omisiones internas más importantes ha sido el descuido de otras dimensiones, problemas y sujetos

que forman parte de las comunidades de la región, dentro de las cuales se encuentran las mujeres. De esta manera, aunque la Unión es un núcleo sustancial y estratégico en la construcción de “otro desarrollo” en la región, también ha excluido a las mujeres de su estrategia de desarrollo. No ha sido ésta una exclusión deliberada sino “natural”, pues sí bien las mujeres campesinas contribuyen significativamente a la reproducción material, social y cultural de la familia y las comunidades, la cultura rural-indígena no reconoce este papel o lo desvaloriza. En esta situación, resulta lógico que los proyectos de la organización que son relevantes para la comunidad sean proyectos dirigidos por hombres. Muchas mujeres también comparten esta idea, así que será poco a poco y como producto de diversos procesos que confluyen, que las mujeres empezarán a cambiar de idea, a ajustarse y a accionar colectivamente para resolver sus necesidades y transformar su papel, y nuevamente cabe la pregunta: ¿se puede hablar de un proyecto organizativo autónomo, democrático y alternativo que no incluya a las mujeres?

Incluir a las mujeres en las estrategias de las organizaciones sociales, amplía los espacios de participación democrática, renueva la autonomía organizativa, permite que los beneficios económicos de los proyectos se diversifiquen y se eleve la calidad de vida de los pobladores pues los intereses de las mujeres son comunes a los de los hombres, ya que ambos coinciden en desarrollar proyectos orientados al bienestar familiar. No obstante, las diferencias de género condicionan distintas perspectivas de lo social, lo privado y el poder, a partir de las cuales las coincidencias en objetivos comunes resulta en procesos diferenciados para hombres y mujeres.

Partiendo de la idea de que el desarrollo debe tener entre sus cualidades el establecimiento de la equidad, de las mismas oportunidades para todos y de que, sobretudo a partir de los últimos tiempos, desarrollo es también participación organizada, incluir a las mujeres atraviesa las consideraciones éticas, políticas, ambientales, económicas y culturales, por lo que esta nueva visión del

desarrollo se traduce en un cambio social, no sólo en el nivel local en el que se presenta predominantemente, sino que ha logrado ser un elemento activo para transformar las relaciones de poder y de subordinación a nivel familiar y comunitario, ya que incluir y revalorar a las mujeres permite la distribución de los poderes en los espacios público y privado, en la unidad doméstica y en general en todos los espacios sociales.

¿Un nuevo sujeto social en la región?

En la búsqueda de un cambio social positivo, nuevos actores se ven involucrados. Desde sus necesidades e intereses, desde su historia y su cultura, los integrantes de las comunidades van identificando también sus demandas y posibles acciones colectivas; en un dinámico proceso van dando paso a la construcción de nuevos actores. En la Unión de Productores Mixteca Alta, constituida en un inicio básicamente por hombres, poco a poco va emergiendo de su seno un sujeto con rostro femenino. En el proceso de construcción de las mujeres como sujeto social, en el impulso de los proyectos y acciones femeninas se han modificado sus identidades, su imagen y su papel, transformando a su vez la concepción y la práctica del desarrollo que la Unión tenía sobre la región.

Como en otras regiones, los principales elementos que empujaron a las mujeres de la Unión a organizarse parten de sus necesidades más sentidas, las socioeconómicas. Este aparece como el primer momento y campo de identificación para ellas. Se constituyen en colectivos, en actrices de la vida pública, a partir de las necesidades que surgen de su función como reproductoras, como responsables centrales del bienestar de la familia y que las conduce a realizar diversas actividades en la unidad doméstica. Sin embargo, las difíciles condiciones de la reproducción han sido por muchos años una característica en la región, ¿por qué es hasta ahora que las mujeres tratan de revertirlas? Desde mi punto de

vista obedece a dos cuestiones, por un lado, una profundización de la miseria como consecuencia de la crisis económica del país, que disminuye las posibilidades de reproducción de la unidad doméstica campesina y que conduce a una diversificación de actividades en las estrategias de sobrevivencia para enfrentar la depauperización de la economía campesina;¹² por otro lado, y de manera muy especial, una maduración de los procesos organizativos regionales especialmente los de la CEPCO, que han creado un clima propicio para impulsar con éxito el trabajo con mujeres.

Sin embargo, como sabemos, esto no es suficiente para gestar procesos de desarrollo alternativos. En el proceso de las mujeres de la Unión, también influyeron de manera significativa la mano de agentes externos e internos, cuyo papel no habría dado resultado si no se hubiera sumado a una especie de ánimo colectivo de querer cambiar las cosas.

A diferencia de los hombres que su eje de identificación es el ser productores cafetaleros, para las mujeres el eje está vinculado con las funciones femeninas en la producción y por lo tanto sus perfiles de organización son distintos. En este camino, la propia CEPCO sufre un proceso de transformación de su campo de identidad, pues si originalmente se compone sólo de hombres y de proyectos que perfilan a este sujeto y sus prioridades, al incursionar en los proyectos de las mujeres, su propia identidad también se va modificando.

Cobijadas bajo el manto de la organización regional, las mujeres de Santiago Nuyoo, como se dijo, comienzan a organizarse en 1994 motivadas por la necesidad de mejorar las condiciones de vida de sus familias. Sin embargo, las carencias para subsistir no son suficientes para empujar su acción colectiva, sino que tienen su raíz en la cotidianeidad de la vida social y en las redes asociativas comunitarias y organizativas en las que se forma la

¹² De manera sobresaliente, en la región el fenómeno de feminización de la pobreza está también ligado al abandono de familias por parte de los hombres.

identidad colectiva (De la Garza, 1992: 34). A pesar de esta afirmación, en la práctica, el proceso de constitución de este nuevo sujeto social no recae ni en la búsqueda de alternativas a su pobreza ni en las necesidades de la vida cotidiana, sino que se entremezclan y se articulan entre sí con la iniciativa, hasta cierto punto externa, de promover la organización femenina como otra estrategia de la CEPCO. En este sentido, es importante recalcar que el proceso de conformación de los sujetos sociales no siempre proviene de elementos estructurales, ni tampoco de un punto de ignición, ni de la cotidianidad, sino que generalmente y sobre todo en este caso en particular, el proceso se construye a partir de distintos elementos que van confluyendo entre sí.

Dos facetas contradictorias se muestran en los proyectos de las campesinas: si, por un lado, el realizar colectivamente tareas femeninas parece afirmar su rol tradicional, por otro el actuar en colectivo, el socializar las tareas, el hacer pública una actividad tradicionalmente realizada en el espacio privado y de manera individual, subvierte las tradiciones al irrumpir como mujeres en un ámbito “masculino”.¹³ En este sentido, redistribuye la asignación sexual de los espacios público y privado, pero también redefine lo público al dar cabida a problemas y actividades consideradas socialmente como cosas privadas. Lo público se ensancha, lo privado se publicita.

Lo productivo amplía el campo de acción de las mujeres en el espacio público, de tal manera que si bien los objetivos económicos presentan grandes limitantes, a su vez tienen nuevos alcances, ya que su incursión en otros ámbitos de la vida comunitaria empieza a construir, de manera paulatina, la ciudadanía

¹³ En este sentido, el acceso de las mujeres a los espacios públicos es también político en tanto cuestiona las relaciones de poder establecidas al interior de sus familias y comunidades. Desde este punto de vista, lo político no se limita a los asuntos electorales, a la política formal, sino a formas renovadas del concepto que implican también la democratización de la vida en las comunidades, a partir de la innovación de las prácticas para tomar decisiones y de la acción de otros sujetos en este proceso.

femenina, pues si los asuntos públicos habían sido tradicionalmente masculinos, de pronto empiezan a ser también “cosa de mujeres”.

Al transformarse paulatinamente su presencia en la comunidad, las mujeres han logrado que las propias autoridades municipales integren a sus planes los “asuntos” de las mujeres o incluso de los funcionarios públicos quienes, hasta cierto punto “sorprendidos” por la oportunidad y responsabilidad de las mujeres para pagar sus deudas, han tenido que aceptarlas en su cartera de clientes. Hoy en día para autoridades comunitarias y programas gubernamentales los recursos públicos deberán incluir la etiquetación de recursos dirigidos exclusivamente a ellas. Así, las mujeres se están constituyendo como un nuevo sujeto social desde el cual se renuevan las prácticas sociales y la cultura y el desarrollo rural adquieren un horizonte más amplio, más integral y sobre todo más subversivo y liberador.

Redefiniendo las identidades femeninas

Partiendo de que el sujeto social es una colectividad que gesta una identidad y desarrolla prácticas mediante las cuales sus miembros pretenden defender sus intereses y expresar sus voluntades (Sader, 1990: 82), es claro que las mujeres de la Unión están insertas en un proceso de reconstrucción de sus identidades y de sus perspectivas de cambio, movimientos que las han llevado a incidir en el proyecto de la organización regional, integrando a sus demandas las vinculadas con la problemática de género. Siendo la conformación de los sujetos sociales un proceso en permanente construcción, las mujeres de la Unión han transformado en su camino sus necesidades, intereses, subjetividades y proyecto a partir del cúmulo de experiencias, la formulación de nuevos valores, la reordenación de significados y la voluntad de modificar su realidad.

Identificadas previamente como mujeres mixtecas, cafetaleras, pobres, y por compartir un territorio común, es decir, una serie de

rasgos de carácter étnico, de clase y de género, al agruparse empiezan a enfrentar otros problemas y empiezan a advertir que aquello que hasta poco antes les parecía “natural” es injusto o puede ser modificado, despliegan entonces otras potencialidades, redefinen sus identidades y sus perspectivas de cambio. De modo que reorientan su proyecto inicial integrando a los objetivos de la organización regional y de la concepción del desarrollo en la región nuevos elementos que atraviesan la problemática de género, pero que se proyectan en un cambio social más democrático.

Conflictos y contradicciones

Los avances de las mujeres de la Unión evidencian una vez más que no hay sujetos sociales concluidos, que el proceso se encuentra limitado por múltiples factores y que el conflicto hace presencia a cada momento de su construcción.

La organización y acción colectiva de las mujeres implica un cúmulo de contradicciones que atraviesan todos los planos de su vida: el comunitario, el familiar y el personal. En el primero, el conflicto emerge cuando las mujeres comienzan a incursionar en el ámbito público. Reunirse en la bodega de café o en la agencia empieza a verse con recelo, pues la “costumbre” es que las mujeres se dediquen a su casa y las decisiones las tomen los varones. Las ventajas de una cultura indígena, comunitarista, colectivista y solidaria deja ver sus contradicciones cuando las mujeres se atreven a “invadir” los espacios reservados a los hombres. La vida cotidiana de las comunidades expresa sus límites en el quehacer colectivo femenino que en los últimos años se ha desarrollado en la región, evidenciando el sexismo y las prácticas culturales que no son del todo incluyentes y que a través de la organización de las mujeres se empiezan a cuestionar y a transformar.

La relación con los funcionarios ha cambiado mucho. La primera vez que llegué al Fondo Regional estaba temblando,

me tenían hablando, pero le hice la lucha, aunque con inseguridad. La segunda vez que fui me hicieron firmar un documento, pero como no veía tuve que pedir prestados unos lentes, no sé leer bien. Ahora ya no tengo tanto miedo a pesar de que voy a oficinas en donde los ingenieros son muy bravos, ya estoy más tranquila. A veces nos regañan, si tenemos culpa no decimos nada, pero si no, nos defendemos. Si no sabemos hacer algo, que nos enseñen, para eso les paga el gobierno, no están de gratis (Hipólita Bautista, 1999).

En el ámbito familiar, las mujeres se enfrentan a la autoridad masculina que, depositada en el padre u otro miembro de la familia, entra en crisis cuando ellas deciden salir de casa y organizarse. Los regaños y maltratos no sólo vienen del marido, también a los hijos incomoda que la mujer no se encuentre en casa. La desaprobación viene de otras personas como la suegra o los vecinos, ya que para éstos, una ama de casa que se organiza y sale a reuniones seguramente tiene en el fondo otros intereses mezquinos, pues “¿qué buena mujer dejaría solos a sus hijos y marido?”.

El conflicto se presenta también al interior de las propias mujeres pues salir de casa implica desatender sus tareas cotidianas lo que las lleva a un estado de ansiedad y angustia del que sólo logran aliviarse parcialmente en la medida que antes de sus salidas preparan todo lo necesario para que ni hijos ni marido resientan su ausencia. Salir con el “Jesús en la boca”, sortear ese diálogo interno que a veces es el más difícil de enfrentar, significa para las mujeres encontrarse en los eventos incómodas y preocupadas, y finalmente ante tal conflicto, muchas de ellas terminan abandonando los grupos pues construir otra imagen femenina implica no sólo la construcción de un nuevo discurso, sino también la exigencia real de mujeres que se atreven a ser otras (Espinosa, 2000: 7) cambio que resulta particularmente difícil cuando se habla de mujeres indígenas.

Cuando salimos a las comisiones nos preparamos unos días antes, hacemos tortillas para dejar a los hijos y al marido, porque si nosotras no hacemos nada y salimos, cuando regresamos viene otra regañada, cuando salimos y dejamos tortilla, ropa limpia y comida salimos tranquilas y contentas, si dejamos todo tirado nos vamos intranquilas. Entre nosotras sentimos feo salir sin dejar todo, siento que a lo mejor se quedan con hambre mis hijos (Epifania Velasco, 1998).

Al principio que me dieron cargo mi marido se enojó porque no es lo mismo la casa cuando no está la mujer, no veía a mis hijos ni al marido, ¿quién les iba a dar de comer? Pero poco a poco se acostumbró, hasta la fecha cuando yo salgo la casa está como abandonada, todo tirado, no hay quien la atienda, pero mi esposo ya no me dice nada, ya se acostumbró. Uno busca la manera de dejar comida, todo preparado. Ellos mismos han visto que gracias a que nosotras salimos nos prestan dinero, aquí nadie hace eso, yo hablo con él, le digo que el que es hombre no puede conseguir dinero con esas facilidades. Nos estamos valiendo del grupo, gracias a él llega el dinero, si no existiera el grupo nadie llegaría a nuestras casas a prestarnos dinero, por eso van entendiendo, pues lo gastamos entre todos, no lo gasto yo sola. Mis hijas también se enojan porque las dejo solas, hablo con ellas, les digo que yo soy la presidenta, que tengo que salir (Hipólita Bautista, 1999).

Esta problemática vivida de manera silenciosa, generalmente trastoca la relación de las mujeres con otras personas, ya que la ansiedad que provoca despertar a “otra mujer” las lleva a constantes enfrentamientos con los familiares, pero también con el colectivo pues la preocupación por el “abandono” de la familia se va con ellas a todo lugar y generalmente afecta su participación.

En este sentido, el despliegue de las mujeres como sujeto social está signado invariablemente por el conflicto. Las mujeres de la Unión han logrado sortear algunos de estos problemas, pero

para otras éstos resultan superiores a sus fuerzas. Para la mayoría, la negociación y el diálogo son prácticas necesarias para permanecer en los grupos. Negociar con el marido, los hijos, la hermana o hasta la autoridad municipal, generalmente se justifica por los beneficios que traerá el viaje o, en algunos casos, se aduce a compromisos preestablecidos e ineludibles, que en el fondo es también una forma de rebelarse, de apropiarse de su tiempo, conocer otros lugares, tener nuevas experiencias y escapar, ¿por qué no?, aunque sea de vez en cuando de sus tareas rutinarias.

Las mujeres de la Unión han iniciado la reflexión sobre sus condiciones de vida, los derechos propios de su sexo y las aspiraciones que tienen en su relación con los hombres, sin embargo hay un tema que aparece poco en las “reclamaciones” o quejas de las mujeres y se refiere a su maternidad, su sexualidad y su cuerpo. Aspectos como la maternidad decidida, el placer en la sexualidad y en menor medida la violencia, son terrenos en los que se ha avanzado muy poco.

Otras contradicciones que se manifiestan continuamente en el camino de las mujeres son los problemas intragenéricos. Al conformarse los grupos, las mujeres encuentran muchas veces como primer obstáculo el desacuerdo de otras mujeres como la suegra, las hijas y las propias integrantes de la organización. Como todas ellas parten de una concepción estructurada culturalmente de lo que “debe ser” una mujer mixteca en la región, las reprobaciones constantes y los juegos de poder se expresan entre mujeres con consecuencias a veces nefastas para los grupos.

Pensar en que la organización conlleve cambios sustanciales en la vida cotidiana de las mujeres, implica la necesidad de modificar la división del trabajo reproductivo, sin embargo esto todavía no se concreta y los avances en este terreno se limitan sobre todo a las mujeres más involucradas en la organización estatal. En este sentido, una realidad es que si bien la CEPSCO ha tenido importantes avances en las reivindicaciones de las mujeres como productoras, se enfrenta a la incapacidad de incidir en la reorganización de las labores al interior de la unidad doméstica.

Finalmente, otra contradicción del proceso de construcción de las mujeres como sujeto social es su participación continúa centrada en el terreno público económico-social. Se ha mencionado que este ámbito representa un sinfín de oportunidades para desprender otras demandas, pero al referirse a la participación en el terreno público-político, los avances son mínimos.¹⁴

Despertamos, porque estábamos dormidas...

Si bien existen algunos analistas que creen que las actividades productivas no contribuyen al cambio cualitativo de las mujeres, el acercamiento a la práctica cotidiana de las mismas ofrece un panorama distinto, pues aunque este cambio es paulatino y sigiloso, es expresado a través de diversas manifestaciones como actitudes de “rebeldía” frente a su condición tradicional o por medio de la insistencia por permanecer a toda costa organizadas, ya que esto les trae una especie de fuga, cierto alivio, un espacio en el que ellas son más libres. Estas expresiones femeninas de ser “otra” mujer, tarde o temprano influyen en las relaciones familiares en las que se empiezan a negociar, discutir y reflexionar con el marido y otros miembros de la familia los deseos de las mujeres. Como se mencionó anteriormente, este proceso no está exento de conflictos, pero en medio de las contradicciones y a contracorriente, las mujeres van transformando su discurso y su forma de actuar.

Yo estuve en el último encuentro de las mujeres cafetaleras.
Fue un intercambio de ideas muy valioso, porque después de

¹⁴ Para Elsa Conde y Lucrecia Infante, una nueva democracia es aquella en la que “la especificidad de las demandas femeninas sea una pieza incluida en el tablero de la vida cotidiana y la práctica política en el sentido más amplio, no sólo en el ejercicio profesional de ésta, sino también en cualquiera de los espacios en los que la capacidad y oportunidad de decisión sea la expresión básica de la identidad en tanto sujetos político-sociales. Bajo esta articulación, comentan las autoras, será más bien la puesta en escena del poder personal, es decir la apropiación de la capacidad.

estar encerrada, salir a la puerta y dar la vuelta a la esquina de la casa es muy valioso para mí, porque no todas las mujeres tenemos la oportunidad de salir y expresar lo que sentimos. Ese cambio también lo he visto en mis compañeras porque veo que ahora sí pueden salir, si se trata de ir al centro de Nuyoo ellas ya van, ya tienen esa facilidad, ya es mucho cambio para mí verlas así. Antes de que funcionara este grupo no salíamos, bueno sí iban a la plaza o a la fiesta pero siempre pegadas al marido, nunca las dejaban solitas y ahora sí. Ese cambio se ha dado de cinco o seis años para acá, tiene poco, pero ha sido muy importante para nosotras.

Cuando fui al encuentro de mujeres en Oaxaca me di cuenta que todas pasaron dificultades para salir de su casa. Lo mismo que les pasó a aquellas nos pasó a nosotras para poder salir, pero desde entonces, conocimos gente humilde, rica e importante para nosotras, eso nos ha servido para que se nos quite el miedo (Isabel Pérez Sarabia, 1999).

Para convencer a los maridos de que nos dejen, hablamos con ellos, “mi marido sabe que ahora que represento a las mujeres tengo una responsabilidad, que tengo que salir, el ha consentido que tengo esa responsabilidad. Hablé con él, poco a poco me fue comprendiendo, porque antes no me dejaba salir ni a la fiesta, a nada. Ahora he salido a Tlaxiaco y Miramar pero no a Oaxaca (Marcia Pérez, 1999).

Además de los cambios expresados en su discurso y su actuar, las mujeres manifiestan cambios en otros sentidos. Por ejemplo, un cambio que es sumamente valorado por ellas es la modificación de su aspecto físico. Tal vez en la conservación de las costumbres indígenas, portar el traje tradicional sea un elemento importante en la preservación de la cultura, sin embargo para las mujeres de la Unión el traje representa hasta cierto punto, una atadura, una idea de sí mismas de ser mujeres “atrasadas”.¹⁵ En este sentido,

¹⁵ Estas apreciaciones fueron obtenidas a partir de los talleres “la experiencia de

puede decirse que esta “aparente” pérdida de tradiciones simboliza también una actitud emancipadora que innova la cultura, que modifica las costumbres, no sólo de las mujeres, sino de la propia comunidad. Esta idea de lo que significa el vestido tradicional es en realidad una percepción simbólica del cambio, pues las mujeres asocian, en la radicalización de su lucha contra lo tradicional que las somete, que este tipo de cambios en su manera de vestir significa, aunque no necesariamente sea así, la emancipación, una idea que se asocia a las mujeres occidentales-urbanas como símbolo de la liberación, aunque tampoco esto sea así.

Esta construcción simbólica de la visión de “otra mujer” encierra en el fondo las contradicciones entre el mundo moderno y el tradicional. Son contradicciones que en el mundo indígena se expresan pero que en el caso de las mujeres se acentúan, pues para ellas ser indígenas y campesinas significa encierro, sometimiento y vejaciones, asumen que las mujeres urbanas u occidentales son totalmente distintas, que en ese espacio, la vida cotidiana femenina es más armónica. Por toda esta visión idealizada que se tiene del mundo urbano, existe en el despertar femenino una idea de acercarse a ese “modelo” de vida moderna, y esto puede manifestarse desde la obsesión por emigrar a las ciudades como forma de liberación o hasta la intención de utilizar pantalón.

Otro aspecto que sobresalió a partir del trabajo cotidiano con los grupos, fue que en un inicio se asumía una personalidad femenina asociada a la imagen de mujeres “greñudas”. La expresión revela en el fondo la forma en que ellas se veían a sí mismas, como unas mujeres desarregladas, despeinadas o hasta sucias, pero que se traduce como mujeres encerradas, sumisas, devaluadas; sin embargo verlo hacia atrás y reconocerlo revela una transformación interna, un fortalecimiento de su autoestima y

estar organizadas” mismos que se han mencionado anteriormente. En los talleres, se pidió a las mujeres que se dibujaran antes y después de estar organizadas, muchos de los grupos en que se dividieron los talleres, reflejaban esta inquietud con relación al uso del vestido, lo expresaron a partir de los dibujos y de la réplica oral.

un cambio real en su aspecto físico, pues ahora se acicalan y se dan algunos “lujos” como usar zapatos y hasta maquillarse. Adoptar un exterior femenino distinto confirma, de alguna manera, la transformación de las identidades y el complejo juego entre lo tradicional y lo moderno.

Tal vez los cambios menos visibles y más importantes de las mujeres a partir de la organización sean aquellos que se dan en la esfera de lo privado, de lo personal, del interior femenino. Una de ellas reveló, después de una reflexión conjunta acerca de su vida, que ser dirigente le había dado, entre otras cosas, la posibilidad de perder el miedo y enfrentarse a su marido quien la había abandonado con seis hijos y sin ningún tipo de apoyo económico. Salir a otros lugares, conocer otras personas y tener presencia en la comunidad gracias al cargo en la organización, había hecho de ella una mujer menos temerosa, más atrevida, menos conformista, capaz de denunciar a su esposo ante las autoridades y pelear la pensión alimenticia, lucha que después de algunos meses logró ganar.¹⁶

Los cambios en la conciencia femenina son difíciles de evaluar. Un primer momento parece ser el cambio en el discurso; las mujeres comienzan a cuestionar las desigualdades en las que viven, comienzan a quejarse, a no estar de acuerdo. Estas primeras expresiones aparecen sobre todo en la interacción con otras mujeres a partir de la cual el intercambio de ideas y sentimientos opera como una especie de terapia colectiva, pero también como un campo de identidad de género, se identifican en los problemas, el

¹⁶ El ejemplo de esta dirigente evidencia que existe una parte del derecho consuetudinario que está en crisis, y es precisamente la vinculada a las mujeres, ya que, salvo las llamadas de atención de los suegros y en algunos casos de las autoridades municipales, no existen en el orden tradicional sanciones específicas para aquellos hombres que abandonan a las mujeres. En el caso de la región de estudio, ha tenido que ser un recurso “moderno” del derecho positivo, como lo es el derecho a la pensión alimenticia, el que se siente como precedente para resolver este tipo de conflictos. Si bien no es una práctica cotidiana, los casos aislados obligan a la necesidad de renovar las prácticas comunitarias para solucionar estos problemas que son muy comunes en esta región y que se acentúan por la creciente migración masculina.

sometimiento, la desgracia, pero estos intercambios no sólo permiten que se descubran como víctimas, sino que son caldo de cultivo para gestar nuevas ideas, para solucionar problemas, crear otros horizontes para ir bosquejando utopías.

Yo la verdad sí he cambiado, antes era muy mensa, no sabía cómo hablar, ni cómo salir a las comisiones, antes era muy callada, no hablaba, era muy tímida, ahora bien o mal, hago esfuerzos para platicar tantito porque si no me esfuerzo de hablar en español ¿cómo voy a aprender? Para mí es bonito porque queremos conocer otros lugares que no conocemos, se quita el miedo, a mí me da miedo en donde hay mucha gente, a veces creo que se me va a quitar si hago un esfuerzo pero cuando ya están las personas me da miedo, a la mera hora me siento nerviosa, pero el miedo ya es menos. Ese cambio sí se ha dado desde que estoy en el grupo, desde que tengo comisión se nos ha quitado el miedo y la vergüenza. Si no me hubieran puesto comisión estaría igual que antes (María Luisa López Rojas, 1998).

Antes de organizarme andaba toda mechuda en la casa, porque no salíamos, no dábamos ni un paso, sólo de la cocina al patio de nuestra casa, ahora ya he salido a la CEPCO, al Encuentro de Mujeres, ya estoy cambiando, ya me doy cuenta de que puedo dar un paso más porque cuando una no tiene conocimiento y no sale de la casa nunca va a aprender, en la casa sólo aprendemos a cuidar hijos, lavar ropa, atender a los maridos, cuidar los animales, pero ahora además hacemos otras cosas.

Desde que nos reunimos en la comunidad nos sentimos orgullosas, felices porque ya salimos aunque sea a platicar de los proyectos entre unas y otras, como ya nos dejan los maridos, pero antes ellos decían que ya nos íbamos con el otro, hasta miedo daba salir porque ya sabíamos que de regreso nos regañaban, ahora saben que tenemos comisión.

Es importante organizarse porque aprendes mucho, aprendemos qué es un grupo de mujeres, qué es la salud, la parcela orgánica. Si las mujeres no se hubieran organizado no habría nada de proyectos, gracias a la CEPCO despertamos porque estábamos dormidas. Sin proyecto estaríamos como cuando vivíamos antes, sin conocimiento, ni orientación sobre la salud, cuando ingresamos al grupo despertamos porque hemos recibido orientaciones de distintos temas, nos estamos dando cuenta que como mujeres no estamos sólo para estar en la casa o para tener hijos y recibir maltratos del marido, sino que también nos deben comprender (Epifania Velasco, 1998).

¿Un desarrollo con mirada de mujer?

En la medida que las mujeres llevan sus necesidades privadas al espacio público, se van incorporando a la lucha de las organizaciones nuevos elementos que en conjunto representan un proceso de apropiación de la vida social más profundo y radical en el que las mujeres aportan otra dimensión de lo social (Espinosa, 2000: 42).

El proyecto de las organizaciones cafetaleras integradas a la CEPCO se encuentra en el tránsito de la apropiación del proceso productivo a la apropiación de la vida social campesina, y en este tránsito, la innovación de las prácticas que caracteriza el quehacer colectivo femenino es una de sus principales promotoras. La transformación positiva que ellas imprimen a las relaciones sociales, la cultura y las relaciones entre los géneros, va incubando una nueva concepción del desarrollo a la organización regional, al ámbito comunitario-regional y a la propia Coordinadora.

Reconocer la participación de las mujeres en la producción de alimentos, en los diferentes sistemas de producción, en los procesos agroindustriales, en la comercialización, el manejo de los recursos naturales, la generación de ingresos familiares, la reproducción y recreación de la cultura, etcétera, efectivamente permite

analizar las diferencias genéricas, los problemas de la subordinación, las injusticias sociales y los límites de la cultura indígena, pero también es el puente para analizar las posibilidades de un desarrollo realmente equitativo, de las estrategias que las organizaciones pueden desplegar para apropiarse de la vida social, de los elementos que deben integrarse a un proyecto de democracia plena.¹⁷

Aquellos temerosos de que el quehacer colectivo de las mujeres trastoque las costumbres, no deben olvidar que la cultura indígena no es homogénea, estática, ni lineal, sino que se renueva constantemente para permanecer. Los ingredientes que están añadiendo las mujeres a la creatividad cotidiana son parte de los múltiples factores que contribuyen en el proceso de reconstrucción de la vida comunitaria.

Reconocer las condiciones de las mujeres y transformar esa realidad significa, en palabras de Fabiola Campillo, “asumir la pluralidad de actores sociales, incluir derechos y capacidades de las personas, y establecer que la equidad es una cualidad del desarrollo que responde a consideraciones éticas, políticas, económicas y culturales” (Campillo, Fabiola, 1995). Un desarrollo con “mirada de mujer”, se ha convertido en los últimos años, en uno de los elementos constitutivos del cambio social.

¹⁷ “Cuando el feminismo enfocó la iluminación a la familia y el hogar, indagó los lugares en los que ocurre la política, extendiendo la demanda de democracia hasta abarcar muchos más ámbitos. El feminismo traslada la atención a la esfera de la vida cotidiana y amplía el significado de la democracia ‘para incluir la desigualdad doméstica, la identidad, el control sobre la sexualidad, el desafío a la representación cultural, el control de la comunidad sobre la seguridad social estatal y un acceso más igualitario a los recursos públicos’. Cuando se redefine la política, también se redefine la democracia”, en Anne Phillips, “Espacios públicos, vidas privadas”, *Género y teoría democrática*, PUEG-UNAM, México, 1996, pp. 98-99.

Bibliografía

- Aranda, Josefina, "Las mujeres cafetaleras en Oaxaca", en *Cuadernos Agrarios*, núm. 13, Nueva Época, México, 1996.
- Bartra, Armando, "Pros, contras y aseguenes de la apropiación del proceso productivo", en *Los nuevos sujetos del desarrollo rural*, Cuadernos Desarrollo de Base 2, México, 1991.
- Campillo, Fabiola, "Género y desarrollo rural: una relación desigual", en *El desarrollo rural en América Latina hacia el siglo XXI*, memorias del Seminario Taller-Internacional, Pontificia Universidad Javeriana, Colombia, 1995.
- CONAPO, *Indicadores socioeconómicos e índice de marginación municipal 1990*, México, 1994.
- Conde Elsa y Lucrecia Infante, "Identidad política y ciudadanía: los puentes de una democracia por realizar", ponencia presentada en el Seminario del PUEG "Nueva lógica política, democracia y luchas de género", México, 1997.
- De la Garza Toledo, Enrique, "Los sujetos sociales en el debate teórico", en De la Garza (coord.), *Crisis y sujetos sociales en México*, vol. I, CIIH-UNAM, Miguel Ángel Porrúa, México, 1992.
- De los Ríos, Rebecca, "Género, salud y desarrollo: un enfoque en construcción", en *Género, mujer y salud en las Américas*, Edit. OMS, Publicación Científica No. 541, Washington, 1993.
- Espinosa Damián, Gisela, "Mujeres campesinas en el umbral del nuevo siglo", en *Revista Estudios Agrarios*, núm. 10, Procuraduría Agraria, México, 1998.
- , *Las mujeres de San Miguel Teotongo a la hora de la lucha ciudadana*, en prensa, México, 2000.
- INEGI, *XI Censo de Población 1990*, México, 1990.
- Moguel, Julio y Josefina Aranda, "Los nuevos caminos en la construcción de la autonomía: la experiencia de la Coordinadora Estatal de Productores de Café de Oaxaca", en *Autonomía y nuevos sujetos sociales en el desarrollo rural*, Siglo

XXI-CEHAM, México, 1992.

Pérez Arce, Francisco, "Café: política y mercado", en *Los nuevos sujetos del desarrollo rural*, Cuadernos Desarrollo de Base 2, ADN Editores, México, 1991.

Phillips, Anne, *Género y teoría democrática*, IIS, PUEG, UNAM, México, 1996.

Portocarrero, Patricia (ed.), *Mujer en el desarrollo. Balance y propuestas*, Edit. Flora Tristán, Lima, Perú, 1990.

Rabotnikof, Nora, "Público-privado", en *Debate Feminista*, vol. 18, año 9, México, octubre de 1998.

Sader, Eder, "La emergencia de nuevos sujetos sociales", en revista *Acta Sociológica*, vol. III, núm. 2, FCPYS-UNAM, México, mayo-agosto de 1990.